

Darío el pirotécnico

Por Áurea María Sotomayor

“El Enigma es el soplo que hace cantar la lira.”
(Astilo, en “El coloquio de los centauros”)

Materiales diversos se mueven o reposan mientras el Prometeo inicia un fuego que hace estallar sinestésicamente las imágenes, los desechos, las músicas, los cantos cívicos y las crisis. Nace entre los “Abrojos” y de allí huye tras el azul y los centauros, tratando de descifrar su diálogo. El cisne de Wagner en él se alía con la página de Mallarmé. Quirón le da un puntapié y vuelve a Sur América desde París, y con un épico “verdor eglógico” y demócrata le canta a la Argentina, a Chile y a varios caupolicanes. En sus poemas hoy podríamos escuchar el tropel sordo de varias Harley-Davidson viajando contra el viento mientras escribo esto, o escuchar a Pink Floyd tocando “Careful with that Axe, Eugene” (si pienso en “Cantos de vida y esperanza”) o mirar los efectos pirotécnicos del “Engel” de la banda alemana, Rammstein, en las dos versiones, la baudelairiana prostibularia y la del dragón del Madison Square Garden. A Darío le encantarían. Los efectos especiales, la gimnasia del Cirque du Soleil, los films de Antonioni o de Darío Argento, la ciencia-ficción, el “Creep” de Radiohead, los “distorted vocals”, serían como el “ala aleve del leve abanico”, aliteraciones productivas. Entre el “dialecto eolio” y las apostillas en “buen latín”, entre dedicatorias en los abanicos y la escena mirona con “sus lagunas”, tanto “El reino interior” como “Palabras de la satiresa” son un buen ejemplo de que su pólvora es sumar mirada a oído. El antifilisteo de “Cantos de vida y esperanza” se consolida en su derecho a la propiedad: “el jardín de sueño” que había aparecido antes en “El reino interior”. El poder de percepción dariana va por la vista, y el procedimiento desde ahí es la mirada hacedora. No se trata tan solo de recibir sino de acumular sobre un escenario, en muchas ocasiones el cuerpo femenino, uno de sus objetos enigmáticos y nunca del todo aprehendido, varias texturas. Adorada, mas sacrificada, es dejada atrás, y lo que de ella se escucha es como el ladrido de un perro mientras él, otro Ulises, se tapa los oídos para no percibir el grito distorsionado de la sirena de turno. Es decir, que el otro procedimiento, el del oído (o el caracol) potencia el creer y el descreer de las formas convencionales. Un verso que a simple

vista tiene varias sílabas, a partir de sus sinalefas se escuchan cinco menos, por lo que ya sobre la página resalta una desestabilización en aquel lector que ve en una estrofa versos todos extensos. Por aquí su entrada al verso libre, su cuestionamiento de la forma del soneto en “Lo fatal”, las rupturas del endecasílabo en las pausas, las cesuras, los encabalgamientos violentos, hasta descubrir la cadencia del poema en prosa, que preserva y disimula los acentos. Desde el principio tuvo oído para la prosa de todos los días, haciéndolas funcionar sobre otro fondo, irónico quizás. Ese deseo de invitar a todos a participar de nuestra fiesta, como diría Roque Dalton, ya es un cuestionamiento que desemboca en su frase “Yo no soy un poeta de las muchedumbres, pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas”. De modo que la acumulación del palpito cultural francés funciona casi sarcásticamente cuando lo valoramos en el entorno de la poesía civil, histórica, narrativa. Del objeto esmaltado por la pátina universal y cultural transitamos hacia la coyuntura coloquial a ubicarse dentro de los giros que urgen otro tipo de expresión que contribuye a la elaboración crítica del lugar donde se halla, sea París, España (“Pórtico”), la Argentina (“Epístola”. A la Sra. de Leopoldo Lugones), Chile o México, o sea comentando críticamente algunos de los lugares del capital y del imperialismo (“Oda a Roosevelt”). La amplia cultura dariana y la necesidad de exhibirla (hay una especie de *showing off* espectacular, barroco por la puesta en escena) no le impide salir de la *mise en abyme* para desplegar sobre el horizonte de lo dicho sus magníficos aportes, digo, acordes, entre grandiosos y minimalistas, entre el entusiasmo que podría resaltar de la forma apolínea y la sobriedad que pueda contener el entusiasmo de Pan. Así, entre esas paradojas y conflictos, entre la visión y el documento, Darío hace circular a su manera los valores de su báscula: travesías, fugas, melancolías, nostalgias: un incesante viaje entre la diversa geografía y los territorios donde despliega sus biografemas.

Veamos parte de ese viaje en el poema “El reino interior” (*Prosas profanas*), que contiene una escena fantástica extraída de un libro de imágenes de Domenico Cavalca. El poema discurre sobre el presente de una descripción en donde una selva casi hiere el azul celeste que desciende hacia un camino rosado. Las flores que menciona podrían ser carnívoras, letales. Los pájaros son aliteraciones que inventa para nosotros, resaltando así que la escena es irreal pues, pese al uso de los dos puntos, no son ruseñores y ni siquiera aves raras, sino papemores y bulbules. El traductor reinventa un léxico para una selva imaginaria cuyos sonidos solo él puede vocalizar, volatizar. El cromatismo de la escena no le envidia nada al tecnicolor y el escenario irreal le añade valor a ambos grupos: virtudes de

un lado y vicios por el otro. La pregunta del hablante atañe al son: “¿Qué són se escucha, son lejano, vago y tierno?”

Las siete virtudes son teóricas, y son harmónicas, y vienen de una pintura de Boticelli, “graciosos gestos en líneas puras” caminando por el lado derecho, y “como al compás de un verso, su paso suave rigen”. Son transparentes y blancas ellas, y ellos, por la siniestra, purpúreos y encendidos; decadentes y asesinos citan el “Crimen amoris” de Verlaine. Si ellas son (y se ven) “divinamente blancas”, ellos son (y suenan) “bellamente infernales”. El contraste aviva la imaginación dariana, aunque ambos sean armónicos, ellas en sobriedad teórica y ellos en exceso lucífero. Lo que valora el poema es lo que son: esas bellas princesas son las siete virtudes y esos siete mancebos que son los siete vicios (deícticos y verbos copulativos abonan a la similitud del son). El encabalgamiento léxico del “paralela-mente” con que marchan ellos a la par de ellas destaca ese sonido: el de las virtudes, “velado son de liras y laúdes” y el de los mancebos, “aire de hechiceros veneficios”. Pero en “el compás de un verso, su paso suave rigen” que describe el desfile de ellas (“esas” del encabalgamiento sirremático que permite los magníficos troqueos contenidos en el “divinamente blancas y castas pasan esas”), hay una asimetría al interior del ritmo, pues la rima consonante solo funciona visualmente y no se escucha, a menos que forcemos las pausas. Sin embargo, la cadencia rítmica del desfile de ellos es impecable, aunque muy simple, quizás. Lo que destaca en el desfile de éstos es la trasposición lúdica del grafema “b” por “v” (distancia entre el beneficio y el veneficio) que aún así marca su semejanza singular pues en el fondo se trata de la hechicería del son o el aderezo, del adorno o de la belleza. Lo que parece una errata en el grafema que distingue lo bueno de lo venal y lo venéreo (veneficios) es su son mancebo, de donde rezuman “vagos sones”. Así tanto las unas como los otros corresponden a lo que demora el diálogo interior que transcribe el hablante al concluir, arrancándole una decisión ambiguamente táctil (ni sonora ni visual) al alma: la del “envolvedme” y el “estrechadme”, única manera de indistinguir en el abrazo la casta teoría del rojo brillante. Casi podrían leerse juntos los únicos dos heptasílabos en cada uno de los desfiles que aquí yuxtapongo: “Son las siete Virtudes” “bellamente infernales”. El conflicto de la atracción dariana se resume en su reino interior, la dupla perfecta del Pan y Apolo o de la paloma y el cuervo que se aúnan en el silvano que dijo: “la fuente está en ti mismo”. Darío, el pirotécnico: “Oh, ruído sonoro”, papemor.

“El reino interior”

A Eugenio de Castro

...with Psychis, my soul!
—Poe

Una selva suntuosa
en el azul celeste su rudo perfil calca.
Un camino. La tierra es de color de rosa,
cual la que pinta fra Doménico Cavalca
en sus Vidas de santos. Se ven extrañas flores
de la flora gloriosa de los cuentos azules,
y entre las ramas encantadas, papemores
cuyo canto extasiara de amor a los bulbules.
(*Papemor*: ave rara; *Bulbules*: ruiseñores.)

Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura
de la torre terrible en que ha treinta años sueña.
La gentil Primavera, primavera le augura.
La vida le sonrío rosada y halagüeña.
Y ella exclama: “¡Oh fragante día! ¡Oh sublime día!
Se diría que el mundo está en flor; se diría
que el corazón sagrado de la tierra se mueve
con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.
¡Yo soy la prisionera que sonrío y que canta!”
Y las manos liliales agita, como infanta
real en los balcones del palacio paterno.

¿Qué són se escucha, son lejano, vago y tierno?
Por el lado derecho del camino, adelante
el paso leve, una adorada teoría
virginal. Siete blancas doncellas, semejantes
a siete blancas rosas de gracia y de armonía
que el alba constelara de perlas y diamantes.
¡Alabastros celestes habitados por astros:
Dios se refleja en esos dulces alabastros!
Sus vestes son tejidas del lino de la luna.
Van descalzas. Se mira que posan el pie breve
sobre el rosado suelo, como una flor de nieve.
Y los cuellos se inclinan, imparciales, en una
manera que lo excelso pregona de su origen.
Como al compás de un verso, su paso suave rigen,
tal el divino Sandro dejara en sus figuras
esos graciosos gestos en esas líneas puras.
Como a un velado són de liras y laúdes,
divinamente blancas y castas pasan ésas
siete bellas princesas. Y esas bellas princesas
son las siete Virtudes.

Al lado izquierdo del camino y paralela-
mente, siete mancebos —oro, seda, escarlata
armas ricas de Oriente—, hermosos, parecidos
a los satanes verlenianos de Ecbatana,
vienen también. Sus labios sensuales y encendidos,
de efebos criminales, son cual rosas sangrientas;
sus puñales, de piedras preciosas revestidos
—ojos de víboras de luces fascinantes—,
al cinto penden; arden las púrpuras violentas
en los jubones; ciñen las cabezas triunfantes
oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,
son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,
y en sus manos de ambiguos príncipes decadentes
relucen como gemas las uñas de oro fino.
Bellamente infernales,
llenar el aire de hechiceros veneficios
esos siete mancebos. Y son los siete Vicios,
los siete poderosos Pecados capitales.

Y los siete mancebos a las siete doncellas
lanzan vivas miradas de amor. Las Tentaciones,
de sus lirás melifluas arrancan vagos sonos.
Las princesas prosiguen, adorables visiones
en su blancura de palomas y de estrellas.

Unos y otros se pierden por la vía de rosa,
y el alma mía queda pensativa a su paso.
—“¡Oh! ¿Qué hay en ti, alma mía?
¡Oh! ¿Qué hay en ti, mi pobre infanta misteriosa?
¿Acaso piensas en la blanca teoría?
¿Acaso
los brillantes mancebos te atraen, mariposa?”
Ella no me responde.
Pensativa se aleja de la obscura ventana,
—pensativa y risueña,
de la Bella-durmiente del-Bosque tierna hermana—,
y se adormece en donde
hace treinta años sueña.

Y en sueño dice: “¡Oh dulces delicias de los cielos!
¡Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!
—¡Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
—¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!”

Nota: He respetado los acentos de la edición de *Poesías completas* en Aguilar (Décima edición de 1967), Madrid. Aquí se distingue varias veces entre són y son. Otras versiones no lo hacen.

Áurea María Sotomayor (Puerto Rico)

Escritora, traductora y profesora en la Universidad de Pittsburgh. Entre sus libros de poesía figuran *Sitios de la memoria* (1983), *La gula de la tinta* (1994), *Rizoma* (1998), *Diseño del ala* (2005), *Cuerpo nuestro* (2013) y *Artes poéticas* (2014). Como ensayista ha publicado *Hilo de Aracne. Literatura puertorriqueña hoy* (1995) y *Femina Faber. Letras. Música, ley* (2004), *Red de voces* (2012) y editó el volumen *Poéticas de José María Lima* (2012). Ha recibido reconocimientos del Pen Club, el Instituto de Literatura, el Instituto de Cultura Puertorriqueña y el Ateneo Puertorriqueño. Es co-fundadora de las revistas culturales *Posdata*, *Nómada* y *Hotel Abismo*.